

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION	LA REDACCION Y ADMINISTRACION:	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas. Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas. Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.	Baja de S. Pedro, 30 Se publica los Jueves	En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º Madrid: Barquillo, 5. pral., int. -Alicante: S. Francisco, 28. dupº

SUMARIO.

A dos espíritus. ¿Qué haceis?—Ventajas que reporta á la familia la verdadera religion.—Las madres y las madrastras.—Suelto.—Suscripcion.—Errata.

A DOS ESPÍRITUS (¿QUÉ HACEIS?)

Hace un lustro, ó sean cinco años, que dos espíritus dejaron la tierra casi á la misma hora; los dos fueron llorados: el uno por su familia y por innumerables pobres; el otro por los amantes del génio, por los admiradores del arte, y por sus numerosos amigos.

Al primero le conocimos y tuvimos ocasion de admirar sus magnánimos sentimientos: era rico muy rico en bienes de fortuna, pero poseia un tesoro de mucha mas valia que todas sus riquezas terrenales, ¿sabeis cual era? su gran corazon.

Era verdaderamente un fiel amigo de los pobres que tomaba una parte muy activa en todos sus dolores.

El segundo era un artista, cuyo retrato hecho despues de muerto, al verlo nos impresionó vivamente, nos parecia que habíamos perdido un amigo, y sin embargo, nunca nuestro nombre resonó en su oido. ¿Qué misterio encierra á veces la simpatía! Inspirados nos sentimos entonces para dedicar un pensamiento al hombre filántropo que tanto se habia desvelado por los pobres; y al mismo tiempo recordando al jóven artista le consagramos un recuerdo diciendole: ¿Por qué te has ido? Ambos espíritus respondieron á nuestro llamamiento, y repetidas veces hemos oido su voz amiga, y hoy en el aniversario de su muerte les preguntamos: ¿Qué haceis? hace mucho tiempo que no nos habeis dirigido vuestros saludables consejos. ¿Nos habeis olvidado? ¿os habeis alejado de la tierra? ¿ya no os interesan nuestras cuitas?

¡Tu! bienhechor de la humanidad!

¡Tu! que en tu marmórea tumba tienes el recuerdo de los pobres simbolizado en dos hermosas flores, en dos artísticos pensamientos!

¡Tu! que tan vivo interés te tomaste en proteger la industria de tu país para proporcionarle bienestar á los obreros!

¡Tu! que en todo estabas, que todo lo preveias, que hasta las máquinas de tus fábricas las hacias funcionar con mucha menos fuerza de la que en realidad tenian, para que nunca fueran víctimas de una catástrofe tus trabajadores!

¡Tu! que eres tan amigo de los enfermos!

¡Tu! que procurabas curar sus dolencias con dobles y triples medicinas, pues les proporcionabas el pan del cuerpo con el socorro pecuniario, el alivio de sus males con la asistencia de un médico, y el agua para calmar la sed del alma con una doctrina verdaderamente moralizadora y consoladora cual es el Espiritismo. ¡Tu! que tanto bien hicistes á la humanidad, ¿en tan breve plazo ya nos has olvidado?

¿Atraido por las maravillas del espacio, ya no te acuerdas de los pobres desterrados?

¡Miranos! somos los mismos—De los años anteriores, como le dijo un poeta á Kardec en su décimo tercer aniversario.

¡Míranos! somos aquellos pobres enfermos que tu miraste en la tierra con paternal compasión!

¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de la primera tarde que nos vimos? ¡Cuántas cosas nos digiste! ¡qué hermosos planes formaba tu mente!

En tus grandes ojos se revelaba la superioridad de tu espíritu! el sentimiento del amor universal estaba encarnado en tí. ¿Cómo queriendo tanto á los pobres y á los enfermos, has podido olvidarnos tan pronto?

¡Míranos! mira que somos aun los indigentes de ayer, y necesitamos la comunicacion de los buenos espíritus para adquirir fortaleza y templanza.

Por nuestra parte, confesamos ingénuamente que la comunicacion ultra terrena cuando es razonada y consoladora como la tuya, nos dá realmente la vida, adquirimos esperanza, trabajamos con profunda fé, creemos firmemente en el progreso indefinido del espíritu. Ya ves si nos es necesaria tu comunicacion. Nos has dicho muchas veces que no tienes elocuencia: para nosotros eres mas elocuente que Pericles y Demóstenes, porque tienes la sublime oratoria de los hechos que es la que mas persuade, que es la que más convence. Por esto te pedimos que no nos abandones, que nos inspires, que nos alientes, que infundas en nuestro sér aquel verdadero amor que tú sentiste por los pobres; que si en la tierra te interesaste por consolar sus infortunios, al verte en el espacio aseguraste que á los pobres debias el progreso de tu espíritu.

Y tú, inspirado artista, tú que tanto sufriste en la tierra! tú que te quedaste tan cerca de nosotros que durante algun tiempo fuiste se puede decir uno de nuestros espíritus familiares, que nos contabas tus tristezas, que nos hacias partícipes de todas tus impresiones, que vivias de nuestra vida y nosotros de la tuya, donde te has ido? ¿tambien nos has olvidado? No queremos creerlo; tú nos querias mucho; tú nos aseguraste muchas veces que nuestro llamamiento te habia conmovido. Hoy te llamamos nuevamente, porque si alguna virtud tenemos es que no sabemos olvidar. Venid pues espíritus amigos, decidnos qué haceis, qué pensais, comunicadnos vuestras esperanzas, habladnos de esa vida infinita que por muchos esfuerzos que hagamos con nuestra imaginacion no podemos ver claramente nuestra morada de ultra tumba, y deseamos con afan vivísimo saber detalles minuciosos de ese mas allá. Ya sabemos que las almas sobreviven, que se comunican con los terrenales, pero tenemos hambre de luz, y sed de verdad; y si bien escuchamos muy amenudo comunicaciones de gran instruccion, esto no es un óbice para que deseemos oiros, porque os queremos mucho aunque en distinto sentido, pero que el resaltado viene á ser el mismo.

Nos reanima el oiros, nos fortalecen vuestros consejos, nos consuelan vuestras frases cariñosas, porque somos avaros de cariño. Vosotros que sabeis como se vive en la tierra comprendereis que nuestro espíritu abrumado por sus recuerdos, debilitado por encarnaciones borrascosas necesita adquirir vida, porque él por si solo no tiene calor vital, languidece, decae, y si el espíritu pudiera morir el nuestro moriria de frio. Y cuando vosotros nos reanimais con vuestros consejos trabajamos con entusiasmo, el afan de progresar nos dá un vigor verdaderamente sobrenatural, nuestro buen deseo nos atrae buenas influencias, y vivimos dentro de una red luminosa porque el flúido de espíritus adelantados nos envuelve como si fuera el manto de la Providencia. Así pues séres amigos acudid á nuestro llamamiento; gratitud y admiracion nos une á tí, ¡bienhechor de los pobres!; y una simpatía indefinible nos enlaza á tí, preclaro artista! ¡Venid los dos! ¡inspiradnos! Vosotros no podeis ser ingratos; pues entonces, ¿por qué enmudeceis? Decidnos, ¿qué haceis?

¿En qué planeta morais?
¿Qué regiones recorreis?
¿Qué horizontes contemplais?
¿En el espacio que haceis?
¿El tiempo en que lo empleais?

¿Se olvida quizá la historia
De este mundo de expiacion?
¿No funciona la memoria?

¿Duerme el alma en la inaccion?
¿Tal vez no es mito la gloria?

¡Responded! lo necesito;
Sin luz no puedo vivir,
Soy un mísero proscrito,
¡Habladme del porvenir!
¡Habladme del infinito!

Decidme si vuestras horas
Deslizan en el placer;
Si dichas fascinadoras
Les brindan á vuestro sér
Sus espléndidas auroras.

¿Si otros cielos de colores
Y vergeles perfumados,
Por adoríferas flores
Os tienen aprisionados
En la red de sus amores?

¿Decidme si del progreso
Seguís la huella bendita?
Y si os alegais por eso:
Si á la ignorancia maldita
Le estais formando un proceso.

Si sois los génius fecundos
Que decís: ¡Luz hemos visto!...
Si aprovechais los segundos,
Y el Evangelio de Cristo
Vais predicando en los mundos.

Si sois los iniciadores
De vivíficas ideas,
Si difundís resplandores,
Si en ciudades, si en aldeas
Sois del bien propagadores.

Si vais amor difundiendo
Y filosofía enseñando,
Si los dos vais ascendiendo,
¡Seguid, seguid progresando
Los espacios recorriendo!

La doctrina racional
Es la caridad y la ciencia,
Dadle vida á ese ideal,
Que es la ley de la existencia,
¡El progreso universal!

Descifrad el gran problema
De la historia de la cruz!
¡Decid que no hay anatema!
De los hijos de la luz,
Seguid la vida suprema!

Y aunque nunca os vuelva oír,
Ni jamás os llegue á ver,
No me importará sufrir
Sabiendo que vais á ser
Los héroes del porvenir.

Si un momento de egoismo
Me hizo preguntar ¿qué haceis?
Perdonad mi exclusivismo.
¡Dichosos los que ascendéis
Y os alejais de este abismo!

¡Dichosos los que cumplieron
La mision que le encargaron,
Los que de virtudes fueron
Un modelo, y demostraron
Que como enviados vinieron!

¡Dichoso tú, bienhechor
De la pobre humanidad!
Que aliviastes su dolor,
Difundistes la verdad,
Practicastes el amor.

Si mi voz llega hasta á ti,
Si me oye el génio eminente
A quien amo, y nunca ví,
Prestadle vida á mi mente
Aunque esteis léjos de mí.

Dadme! dadme inspiracion!
Vuestras huellas seguiré,
Y en mundos de irradiacion
¡Iré á proclamar la fé,
La verdad y la razon!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

VENTAJAS QUE REPORTA A LA FAMILIA LA VERDADERA RELIGION.

A medida que las generaciones avanzan por la senda del progreso, las inteligencias, ávidas de luz van rasgando el velo de los misterios y arrancando uno á uno los secretos sin fin que contiene la madre naturaleza: al propio tiempo, se crean nuevas necesidades; tras éstas, es indispensable reformar las costumbres; y en pos de esta evolucion, llegan las metamórfosis [sorprendentes que cambian por completo la faz moral de las humanidades.

El siglo XIX, comparado con el siglo XVIII, tiene la misma distancia que la que existe entre el esclavo y el liberto; entre el infeliz náufrago que está próximo á zozobrar y el que se halla en tierra firme sin peligro de ninguna especie; entre el absurdo y la verdad; entre las sombras y la luz; esto es, el siglo pasado, es la

imágen de la muerte; el siglo presente, es la vida en todo su desarrollo; porque ayer, la ignorancia y el fanatismo religioso, eran el azote de los pueblos; y hoy, la instrucción y la razón son los ángeles que interceden por esa especie de salvajismo intelectual.

Querer vivir hoy como ayer, sería una monomanía que dista mucho de la lógica, porque el hombre necesita otras condiciones muy distintas á las del niño: ayer la humanidad, se adaptaba perfectamente á ignorarlo todo; mas hoy, no puede alentar sin comprender exactamente todo cuanto sus antepasados miraban con indiferencia.

Por espacio de algunos siglos, los pueblos han dormido profundamente en brazos de la indolencia; pero según se han ido renovando las generaciones, se han ido despertando las inteligencias; y hoy no es posible obligarlas á que duerman, porque en su afán de saber, hay momentos que, á serles fácil, escudriñarían hasta los más profundos secretos del alma, que por ley Divina nos está vedado el penetrar.

En el espacio que media de ayer á hoy, hemos despertado, hemos erguido la cabeza, nos hemos agitado en todas direcciones, nos hemos lanzado en pos del progreso, y, ciencias, artes, industria y religión, todo lo hemos enlazado formando un ramo simbólico que significa: la ilustración, en las ciencias; la poesía, en las artes; el trabajo, en la industria; la armonía, en la religión.

Y puesto que la armonía es la base principal del bienestar de los pueblos, y éstos generalmente, carecen de ella á consecuencia de esa diversidad de ideas que subsisten en las creencias religiosas, creemos que la humanidad necesita esa religión del alma pura y sencilla, sin fanatismo, sin preocupaciones, sin absurdos irrisorios, sin rancias tradiciones ni formalismos: necesita una religión que aliente y no intimide, que unifique y no divida, que sirva de guía al ignorante, de luz al incrédulo, de lenitivo á los seres pensadores, y de una paz armónica en las familias: necesita esa religión verdadera que, cual esencia Divina, se evapora del Evangelio de Cristo; pero no de ese Evangelio falseado por los hombres y adaptado á las ideas de cada uno para practicarlo según le plazca, sino esa doctrina virgen que Jesús inculcó á sus discípulos, en la cual nos manda amarnos mutuamente sin distinción de clases ni opiniones; hacer la caridad sin ostentación alguna; tolerar los defectos ajenos; estar siempre dispuestos á sacrificarnos por aquellos que realmente necesiten de nuestros servicios; buscar las miserias ocultas para prestarlas algún consuelo; ser hijos obedientes y afectuosos; padres amantísimos y celosos de la educación de los hijos; ver en la mujer, no á la señora ni á la esclava, sino á la digna compañera del hombre; respetar á los ancianos, porque ellos representan las páginas de una historia más ó menos dolorosa; amar á los pequeñitos, porque son la imágen fiel de la pureza; y, finalmente, antes de censurar á nadie, empezar á juzgarnos á sí propios, porque dichoso aquel que nunca ve las faltas ajenas y siempre tiene presentes las suyas, pues ese es, sin duda alguna, el más perfecto.

Esta es la verdadera religión, la que Cristo legó á las humanidades como un tesoro de gran valía; pero la ignorancia humana, que infliciona cuanto toca, dando torcida interpretación á tan preciosas máximas, fanatizó á los crédulos, oprimió al débil, imperó en las conciencias, y, ofuscándolas, las asesinó moralmente; resultando de ahí que, los pueblos, han vivido como autómatas, semimagnetizados por el absurdo dimanado de esa falsedad invisible que un puñado de egoístas supieron infiltrar astutamente en el sublime Evangelio de Cristo.

¿Qué es lo que principalmente ha causado esas luchas fratricidas de los pueblos?

La ignorancia de las cosas y el fanatismo religioso.

¿Qué es lo que generalmente divide á las familias?

La diversidad de ideas respecto á religión.

¿Por qué existen tantos escépticos?

Por los muchos abusos cometidos en religión.

¿Por qué la mujer es tan frívola y tan ignorante?

Porque la falsa religión la ha dicho que para ser buena necesita ignorarlo todo y convertirse en pobre instrumento de esa fé ciega que constituye el fanatismo.

¿Por qué en la época presente, aún subsiste en algunos pueblos esa especie de idiotez que relega á algunos seres á ignorar hasta la fecha en que nacieron?

¡Ah! triste es decirlo; porque los falsarios de la doctrina de Jesús han amurallado á los pueblos y, aprisionando á las inteligencias con su falso poder, han cerrado las puertas á la instruccion para que aquellas muriesen asfixiadas entre la duda ó el misterio mas profundo, prostituyendo así la verdadera religion, que es el hermoso santuario donde el alma se replega en alas de su sentimiento, para admirar al Sér Supremo en su bondad infinita.

La religion bien entendida, reporta grandes ventajas á la familia, porque ésta siempre vé en aquella á la preceptora de su conciencia; pero si no es pura, la conciencia se extravía, reportando fatales consecuencias, no sólo á la familia, si que tambien á la sociedad en general. Y como prueba de nuestro aserto, véase á esos padres que presumen de religiosos y que, á la faz del mundo, cumplen con todos los deberes impuestos por la religion; pues bien, á pesar de todo, no tienen el menor inconveniente en ser los verdugos de su familia, ora negándola el afecto que la pertenece, ora malversando en frivolidades el dinero que debieran invertir en las sagradas atenciones del hogar, ú ora tratándola con ese rigorismo adsoluto que todo lo avasalla, como si aquella familia no fuera otra cosa que la esclava de su intolerancia; éstos padres podrán llamarse tan religiosos como quieren, pero en nuestro pobre concepto, creemos que no tienen la menor idea de la verdadera religion, porque ésta es como la caridad, que cuando mas se oculta mas sublime es.

La religion que se practica ante la sociedad y se infringe entre la familia, no es otra cosa que una religion de lujo; y lo mismo opinamos respecto á todos los que de la religion hacen un extracto acomodaticio á sus miras particulares, estudiándolo perfectamente y divulgándolo allí donde más les conviene, porque esto es vanidad de vanidades.

La religion, existe allí donde se comprende á Dios por medio de las buenas obras; existe, en el amor á la familia, en el celo de su educacion moral é intelectual, en que los hijos miran en los padres á la imágen de Dios en la tierra sin que jamás se bastien de amarlos y respetarlos; existe, entre los esposos, hermanos ó amigos cuyos lazos de amor, aunque distintos, hacen que se amen, auxilién y toleren mutuamente; existe, en el infeliz pordiosero que se resigna en los innumerables escollos que encuentra ante su paso; en el sér que desempeña la noble mision de amparar al desvalido, en la caridad que constantemente se afana por aliviar á los enfermos, en el sacerdote franco y sencillo que instruye, moraliza y no fanatiza; y existe, principalmente, allí donde impera la virtud, porque esta, está tan ligada á la verdadera religion, que no puede existir la una sin la otra; y al decir virtud, no aludimos á esa virtud mística que empobrece á las conciencias, porque de esta al fanatismo, no hay mas que un paso, sino esa virtud esplendorosa que irradia en todas partes y se agita incesantemente enseñando, aconsejando, dirigiendo, amando, tolerando, sacrificándose y prodigando consuelos en todas direcciones.

La verdadera religion, es la base principal de la armonía del hogar; sin ella, las familias, no serán jamás familias armónicas, y sólo podrán llamarse centros de ignorancia y de discordias.

Hoy, las familias viven reunidas, materialmente; pero respecto á ideas, se hallan divididas por completo; y tanto es así, que existen familias en las cuales el padre es libre pensador y la madre fanática: cada uno quiere inculcar en los hijos sus ideas predilectas, naciendo de ahí un sin número de disturbios que constituyen la tea incendiaria de las familias. Generalmente, los hijos siguen las huellas de la madre, por ser la que más predominio tiene sobre ellos; y entonces, el padre, se hastia al ver su impotencia para destruir unas máximas tan perniciosas, en su concepto; la duda se apodera de él, y de libre pensador, pasa á un frio escepticismo que hiela en un instante sus mas bellos ideales.

Entónces, el amor conyugal ya no es aquel perfume santo que, evaporándose de las almas, las fusiona en un mismo sentimiento; aquel amor dulcísimo se convierte en un deber forzado; y el tierno afecto de los hijos para con sus padres, se transforma en una obediencia austera semejante á la de séres extraños. Todos se cobijan bajo un mismo techo; pero viven sólos, porque la falsa religion ha sido la línea divisoria de aquellas almas, robándolas la paz del hogar, que es el mejor tesoro de las familias.

Si sucede lo contrario, esto es, que sea el hombre el fanático y no la muger, tambien existe la misma division entre la familia; porque el fanático que está al lado de séres que no lo son, siempre ve en ellos á los *malditos* de Dios; y nada decimos cuando los dos cónyugues participan de igual grado de fanatismo, puesto que entónces la familia, aun que profesa una sola idea, como esta siempre dá torcida interpretacion á las cosas, de ahí los mil desaciertos que son la base de la mayor desarmonia.

En cambio, la verdadera religion lleva la calma á la familia, la dá infinitos goces y la presta inmensos beneficios, porque es la fiel mensagera que viene á modificar las pasiones materiales y á desarrollar los sentimientos mas sublimes del alma; es la que lleva el progreso á los pueblos y los ilumina con sus resplandores; es el oxigeno de las conciencias, porque las purifica; es el sagrado recinto donde el alma se evapora entre el incienso de la más ferviente súplica y las dulces vibraciones de la esperanza; es el pedestal de los gobiernos, porque, sin ella, jamás imperará la justicia ni la verdad; y es el derrotero de la razon por el cual avanza la generacion presente.

Sin religion no se puede vivir, porque el alma se encuentra abandonada en sus luchas, sin tener á quien recurrir mas que al insondable abismo de la duda ó al vacio de la nada: con una religion fanática y exagerada, el alma pierde su belleza, se atrofia la inteligencia y la humanidad se vuelve estúpida; puesto que lo acepta todo, bueno y malo, sin tomarse el trabajo de separar lo real de lo ilusorio, con una religion acomodaticia, de la cual se han servido y aun se sirven muchos, el vicio toma mayores proporciones, toda vez que convirtiendo á la religion en fatal egoismo, se profana uno de los más puros sentimientos que sirven de hermoso faro á los humanos.

Los falsarios que prostituyen las máximas del Evangelio con la vaguedad de sus teorías, no hacen otra cosa que propinar un veneno á las familias, matándolas lentamente; y éstas en vez de ir hácia Dios, se precipitan en el caos de sus viles pasiones, sitio predilecto de un puñado de egoistas enemigos del progreso moral é intelectual, que quisieran sugetar al Universo con su frágil voluntad.

Huyamos de las sombras: la luz se estiende por todo el orbe mostrándonos la religion en toda su grandeza; la religion pura y armónica, la religion del alma, la religion del progreso, esa religion que ilustra y alienta, religion de amor que unifica las familias y con ellas á los pueblos; religion universal que no rechaza á nadie, religion de Cristo, sublime é incomparable, que todos proclaman, pero que nadie practica: esa es la verdadera religion que amamos y deseamos comprendan las familias en su esencia, porque ella solamente será el oasis donde todos encontremos el lenitivo de nuestros dolores y el aura de la esperanza que siempre nos aliente en el trabajo.

CÁNDIDA SANZ.

Recomendamos á las madres de familia el artículo que copiamos á continuacion, dice grandes verdades, y muchos de los males que nos afligen son efecto del poco talento de las madres de familia.

LAS MADRES Y LAS MADRASTRAS.

Hemos convenido tácitamente en apellidar madrastra además de la muger que contrae matrimonio con un hombre viudo que tiene hijos de su primera esposa, á esas otras mugeres que tratan con poco cariño á sus propios hijos, y que despegadas y frias, no les manifiestan ese amor apasionado y tierno, del cual parece único depositario el corazon maternal.

No habrá seguramente una sola madre, de las que amorosas y tiernas idolatran á esos pedazos de sí mismas, que no se haya estremecido de indignacion al contemplar los malos tratamientos, ó el punible abandono en que las madrastras verdaderas y las malas madres dejan á los hijos. Los colores de la vergüenza y de la cóle-

ra habrán encendido mil veces su rostro, cuando tales cosas han presenciado ó sabido, apresurándose á lanzar su inexorable anatema sobre la culpable, y, sin embargo quizá se las pudiera aplicar con justicia las palabras de Jesucristo tratando de la mujer adúltera: «Aquel de vosotros que esté sin pecado que lance la primera piedra.» ¡Las madrastras! ¿Qué madre no se sublevaria ante la acusacion de madrastra de sus propios hijos? Vivir por ellos y para ellos; he aquí su pensamiento, su idea fija su constante ocupacion; ahorrarles todos los dolores, proporcionarles todas las alegrías, regalarlos, mimarlos, mirarse en ellos, convertirlos en ídolos, mas aun, en dioses: todo por sus hijos y para sus hijos: este es su lema. Las necesidades materiales de la vida, pierden su fuerza imperiosa tratándose de las madres, pues solo las sienten por sus hijos. El hambre, la sed, el sueño, el cansancio, nada de esto existe para la madre, que vela solícita al pié de la cuna de su hijo enfermo. Mientras espia anhelante los progresos del mal, su corazon cesa de latir, y la vida respetando aquel santo dolor, suspende su curso y nada pide, nada exige para su conservacion. Confesamos desde luego que todo esto es sublime, conmovedor, grandioso como el misterio mismo de la maternidad, afeccion santa, en la que se hallan encerradas y contenidas todas las afecciones, amor purísimo, gérmen y compendio de todos los amores de la tierra, y de todas las aspiraciones del Cielo. Pues bien; á pesar de todo, á despecho de la grandeza, de la sublimidad de este amor, existen como decimos antes, madres adornadas de todos estos bellos atributos, las cuales consideradas moralmente, son despiadadas madrastras de sus hijos, dolorosa aberracion que deseáramos ver desterrada del mundo para bien de la humanidad.

Con todo ese cúmulo de bellísimos sentimientos, y guiadas por el mas santo de los entusiasmos, muchas, muchísimas madres, son la causa primordial de los extravíos de sus hijos. y con toda la sangre de sus venas hubieran querido borra: las huellas marcadas en el carácter moral de los tiernos pedazos de sus entrañas, por su funesto é impremeditado cariño.

El exceso de amor, que lleva hasta tolerar y aun alentar nuestros pequeños defectos en la niñez, que mas tarde pueden convertirse en vicios; la debilidad manifestada ante nuestras malas inclinaciones; el orgullo maternal, exagerando con imprudencia nuestras buenas prendas: la vanidad, halagando nuestras locas aspiraciones la tolerancia, disimulando nuestras faltas, y la constante y nunca desmertida indulgencia ante la repeticion de nuestros actos raprensibles, no pueden ser, no son sino las eslabones de una larga cadena que, las mas veces, nos hace esclavos de nuestros pasiones bastardas, labrando la desdicha de nuestra existencia y la de otros muchos séres que, fatalmente, se hallan unidos á nosotros. Las madres que tal hacen creemos que, mas justamente que aquellas que tratan con despego y desabrimiento á los hijos de su esposo habidos con otra mujer, merecen el calificativo de *madrastras*. Madrastra, y no otra cosa es de sus hijas, la que halagando su vanidad, por un exceso de cariño mal entendido, fomenta en ellas el amor al lujo y á los frívolos placeres, que tan fatales resultados puede traer mas tarde para su virtud y para su tranquilidad.

Madrastra, y de las mas desnaturalizadas, es para sus hijos la madre que, en la niñez, no trató de corregir en aquellos el carácter voluntarioso y altivo; que por exceso de amor, halló bueno en el niño lo que mañana habia de ser reprehensible en el hombre; que por no contrariar sus gustos no le hizo cobrar amor al trabajo y aficion al estudio; que siguiendo en un todo sus caprichos, le dejó marchar por la abierta senda de los placeres, que conduce directamente á la de los vicios, y que hizo, en fin, del sagrado depósito que Dios la concedió al hacerla madre, un sér nulo para el bien y apto solo para el mal.

Madrastra, y no madre cariñosa y solícita es la que, por no traer á los ojos de su adorada hija una lágrima de pesar, ni á sus lábios un gesto de disgusto, no la reprende cuando ve en ella tendencias é inclinaciones á la frivolidad, á la coqueteria, á la vanidad y á otra porcion de escollos, en los que está segura de naufragar la virtud mas sólidamente cimentada; y esta madre cariñosa, entusiasta, ardiente, apasionada de su hija, que es su alegría, su orgullo, por falta de severidad hará la desgracia del sér que mas amó, en el mundo, del único por quien daria gustosa su vida, por quien sacrificaría su felicidad presente y su dicha futura, pues solo vi-

ve por ella y para ella. ¿Cómo se comprende esta aberración? ¿Puede existir tal ceguera? Parece imposible, y, sin embargo, existe. Existen esas madres, verdaderas madrastras de sus propias hijas, á las cuales el amor maternal extravía lastimosamente, hasta el punto de hacerlas instrumento de la desventura de los seres más queridos de su corazón.

Para que estas aberraciones vayan desapareciendo, es necesario que se disipen las tinieblas que envuelven á la mujer en una peligrosísima ignorancia, y la muestren en toda su grandeza la sublimidad del sacerdocio que se encierra en la maternidad. La mujer necesita, aun más que el hombre, conocer con precisión y claridad sus deberes como madre. No basta para ser buena madre profesar un cariño ciego á sus hijos; es necesario que al amor maternal tan santo, tan puro, tan sublime, tan desinteresado y tan capaz de todos los heroísmos, se una la razón guiada por el mismo amor, y ayudada por la inteligencia, para completar la obra, para formar el ser moral, para hacer del hijo amado el hombre virtuoso, el ciudadano honrado, el esposo amante, el padre modelo, el miembro, en fin, útil á la sociedad y á la familia y la rueda de engranaje para que la humanidad marche hácia el bien, que debe ser su ansiada meta.

La mujer necesita, aun más que el hombre, una educación sólida para que, comprendiendo la grandeza de su misión como madre, sea capaz de formar en sus hijas buenas esposas y buenas madres; para que vea que las exageraciones de su ciego cariño pueden conducirla á convertirse en la más despiadada madrastra. No basta dar al niño su propia vida para alimentarle, exponerse á morir por él para darle á luz, velar su cuna mientras sufre, contemplar con éxtasis, casi divino su sueño angelical, ahorrarle todos los dolores, y darle todas las alegrías; es necesario, á veces guardar dentro del alma ese santo cariño y sus externas manifestaciones, y ser severas inflexibles para cortar de raíz el germen funesto de las bastardas pasiones que más tarde amenazan causar la desgracia de ese ser adorado. Obrar de otro modo es transformarse de madre en *madrastra*, mucho más desnaturalizada, seca y fría, que la esposa del viudo, á la que se aplica este nombre. Aquella no ama á los que no son sus hijos, y quizá por esto vé sus faltas y las reprende con más severidad. No sufre los dolores y las zozobras de la verdadera madre; pero tampoco goza de sus purísimas alegrías, como compensación al sufrimiento; en suma, no son madres; pero las que lo son, y por ignorancia ó ceguera incurren en los lamentables extremos que hemos señalado, esas merecen, aun más justamente que las otras, no el dulce nombre de *madres*, sino el duro calificativo de *madrastras*.

SOFIA TARTILAN.

De (*El Eco del Centro de Lectura.*)

Dos números lleva publicados «El Espiritista catalán,» periódico quincenal, eco y lazo de unión de los Centros y grupos de espiritistas de Cataluña.

Saludamos cordialmente á nuestro nuevo colega deseándole larga vida, puesto que ha venido á llenar un vacío en la prensa espírita de Barcelona donde se publica una «Revista de Estudios Psicológicos» y LA LUZ DEL PORVENIR, faltando un periódico que no fuese ni tan profundo como el primero, ni tan sencillo como el segundo.

Punto de suscripción, Calle de Condal, 26, -2.º, puerta 2.ª, 3 reales trimestre; número suelto dos cuartos; atrasado cuatro.

SUSCRICION á favor de la familia menesterosa de Ciudad Real.

Suma anterior, 364'12 pesetas.—Ángel A., 2 id.—De un espiritista 2 id.—De un espiritista, 1 id.—Total 369'12 pesetas.

ERRATA.

En el artículo «Los entierros civiles,» en la plana tercera, línea 27, dice:—¿Por qué tanto que el cuerpo descanse; y debe decir:—¿Por qué temer tanto que el cuerpo descanse, etc.